

Abraham Lincoln obtuvo una inmensa mayoría y se le eligió décimosexto Presidente de los Estados Unidos, para regir los destinos de treinta millones de ciudadanos.

Entre la época de su nombramiento y la de su llegada á la Casa Blanca, en el mes de marzo del año 1861, ocurrió un incidente digno de mencion. Poco ántes de las elecciones, un funcionario público de Illinois, llamado Bateman, tuvo una entrevista con Lincoln en la Cámara de Springfield, y durante la conversacion, como se refiriese á los votos que los ministros del Señor habian dado contra Abraham, contestó éste con expresion de tristeza: «Aquí hay veintitres ministros de diferentes denominaciones, y todos ménos tres se han declarado contra mí.» Pronunciadas estas palabras, sacó un Nuevo Testamento del bolsillo y añadió: «Señor Bateman, esos hombres saben muy bien que me he declarado por la libertad en los territorios, por la libertad en todas partes tanto como lo permitan la Constitucion y las leyes del país, miétras que mis adversarios están por la esclavitud. Los ministros del Señor no ignoran esto, y no obstante, con este libro en sus manos, con este libro cuyos preceptos rechazan la esclavitud humana, se atreven á votar contra mí. A fe mía que no puedo explicármelo.» Lincoln hizo una pausa, y despues de dar dos ó tres vueltas por la cámara, como para reponerse de su emocion, añadió con trémulo acento y humedecidos los ojos: «Sé que hay un Dios, enemigo de la injusticia y de la esclavitud; preveo una espantosa borrasca, y no se me oculta que la mano del Señor está en ella. Si me destina un lugar y me dispensa su proteccion, como así lo creo, dispuesto estoy á obrar segun las inspiraciones que de El reciba. Yo no soy nada, pero la verdad lo es todo, y conozco que la razon está de mi parte, porque la libertad es justa, porque Jesucristo la enseña, y Jesucristo es Dios. He dicho á esos hombres que una Cámara dividida no puede subsistir, y Jesucristo y la razon dicen lo mismo. A Douglas no le importa que se vote por la esclavitud ó en contra de ella, pero al Señor y á la humanidad les importa mucho, y á mí tambien. Con el auxilio de Dios llevaré á cabo la mision que se me confia; tal vez no me sea dado ver el fin, y acaso otro deberá terminar mi obra, pero el éxito la coronará, y entónces seré vindicado por los hombres, y estos verán que no habian leído bien sus Biblias.»

Algun tiempo despues de su eleccion, Lin-

coln, sintiendo grandes deseos de ver á su madrestra, la cual vivia entónces con su hija en una localidad lejana de Illinois, resolvió hacerla una visita ántes de emprender la marcha.

La entrevista fué tiernísima; la señora Lincoln abrazó cariñosamente á su hijastro, y este la devolvió sus caricias como si fuera su propia madre; y cuando llegó al fin la hora de la separacion, la despedida de los dos fué muy conmovedora. La buena mujer parecia no querer alejarse de Abraham, y en el momento en que iba á partir, y al abrazarle por última vez, díjole con profunda emocion que estaba segura de no volver á verle más, porque tenia el presentimiento de que sus enemigos le asesinarían. ¡Cosa extraña! Todos los que presenciaban aquella triste despedida, amigos y conocidos, experimentaron tambien como un vago temor. ¡Poco podían pensar hasta qué punto debía realizarse el lúgubre pronóstico de la señora Lincoln!

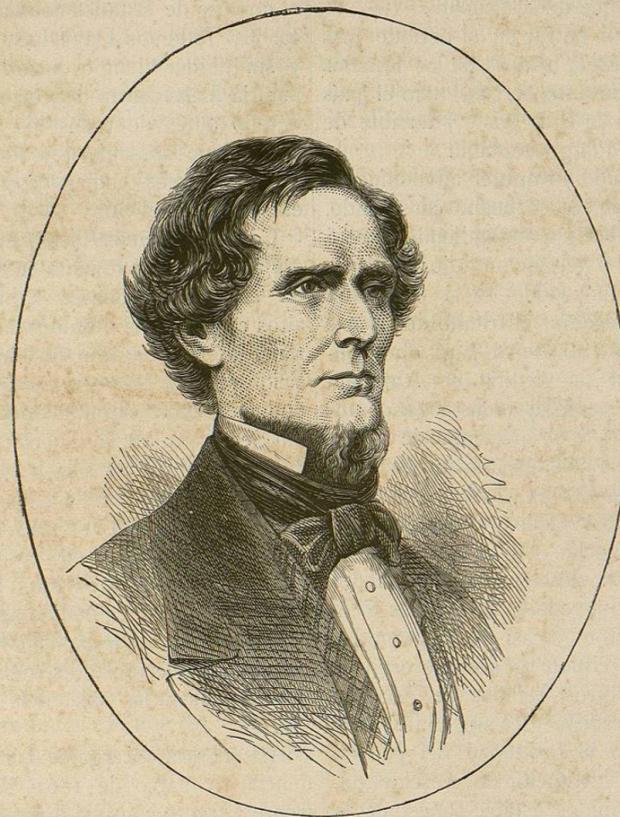
Se habia fijado para la marcha el 11 de febrero, y en la mañana de dicho día Lincoln salió de Springfield en direccion á Washington para no volver jamás vivo. En la estacion del camino de hierro se despidió de cuantos le rodeaban con las siguientes palabras:

«Amigos míos: Seria necesario hallarse en mi misma situacion para poder apreciar la tristeza que me infunde esta separacion. A este pueblo debo todo lo que soy; aquí he vivido más de veinticinco años; aquí nacieron mis hijos, y aquí yace sepultado uno de ellos. Ignoro cuándo os volveré á ver, pues debo cumplir una mision más importante tal vez que la desempeñada por hombre alguno desde los días de Washington. Aquel grande hombre no hubiera podido nunca llevar á cabo su empresa sin el auxilio de la Divina Providencia, en la cual confió siempre, y yo comprendo que tampoco me será dado cumplir con mi sagrada mision sin la ayuda del Todopoderoso, en cuyo apoyo confio. Por lo tanto, espero que en vuestras oraciones pidais al Señor su proteccion para mí, pues sin ella no podría vencer. ¡Adios, amigos míos!»

El viaje de Lincoln fué verdaderamente triunfal, segun algunos de sus biógrafos; y siguiendo la costumbre americana, detúvose en varios puntos para dirigir la palabra al público, asegurando siempre que deseaba conservar la paz; mas á pesar de todas las ovaciones recibidas á su paso, cuando Lincoln llegó á Harrisburg, el día 22, pudo observar que experimen-

taba un brusco cambio el barómetro político, pues allí abundaban los partidarios de la esclavitud. Habíase resuelto que el nuevo Presidente pasaria el 23 por Baltimore, como lo habia hecho por otras grandes ciudades de los Estados libres, pero en Baltimore el espíritu público estaba en favor de la esclavitud, y aún puede decirse que en este punto se deseaba en

general la separacion de los Estados. El gobernador de la ciudad, Mr. Breckinridge, era un demócrata muy amigo de las reformas, y por esto no es de extrañar que en Baltimore hubiese muchos conspiradores y que allí se albergara la traicion, la cual era mucho más de temer si se atiende que se habia dicho en muchas partes y por diversos conductos que



Mr. Jefferson Davis

Mr. Lincoln no viviria para ser Presidente. El periódico titulado: *Republicano de Baltimore* acababa de publicar un artículo encaminado á excitar al tumulto y las violencias cuando llegara el nuevo Presidente. El artículo que publicó dicho diario terminaba del modo siguiente: «Mr. Lincoln, el Presidente electo de los Estados Unidos, llegará á esta ciudad con su séquito á eso de mediodía en un tren especial procedente de Harrison, y seguirá directamente á Washington. De esperar es que no se le ofrecerá una oportunidad para dar á conocer entre nosotros las opiniones que emitió ayer

en Filadelfia.» Estas circunstancias y el estado de irritacion de los ánimos bastaron para que se mandara tomar algunas precauciones al jefe de policía, con tanto más motivo cuanto que se supo con certeza que se trataba de asesinar al Presidente, simulando una especie de motin. Pero Mr. Lincoln resolvió seguir el consejo que le dieron sus amigos, y en su consecuencia atravesó por Baltimore de incógnito en la noche del 22, y en la mañana del 23 llegó á Washington, precisamente á la hora en que se esperaba saldria de Harrisburg. La prudencia de esta medida salvó seguramente á Lincoln,

pero hirió la susceptibilidad de muchos amigos suyos, quienes hubieran preferido formarle una escolta de cien mil hombres ántes que verle pasar como un fugitivo por la ciudad de Baltimore. A decir verdad, Lincoln había sospechado siempre que se intentaría algo contra él, y no sin razón, puesto que el primer día de su viaje se había tratado de hacer descarrilar el tren y en Cincinnati se descubrió una granada de mano en el coche que debía ocupar.

Y ahora vamos á entrar en el período más lúgubre que registra la historia de los Estados Unidos, período durante el cual todo el país iba á lanzarse en la más triste y terrible de todas las luchas, en la guerra civil.

Cuando no se dudó ya que el advenimiento de Lincoln al poder era un hecho consumado, el fuego que se había ido extendiendo poco á poco en los Estados del Sur produjo una llama devoradora, pues el partido de la esclavitud había acordado considerar el triunfo del Norte en las elecciones como la señal para obrar inmediatamente. En la victoria de Abraham Lincoln el Sur vió perdidas todas sus esperanzas; comprendió que la propagación de la esclavitud, y tal vez su existencia misma, estaban amenazadas, y había resuelto resistir con todas sus fuerzas á una intervención en lo que consideraba como su derecho. En su consecuencia, poco despues de las elecciones, los diputados de la Carolina del Sur reuniéronse en una Convencion en Charleston, y casi por unanimidad declararon «que la Union subsistente entre la Carolina del Sur y otros Estados de América quedaba disuelta desde luégo,» alegándose para justificar este acto la hostilidad del partido triunfante contra la institucion de la esclavitud. Hé aquí en qué términos estaba concebida la declaracion:

«El pueblo de la Carolina del Sur, representado por nuestra Convencion, ha tenido á bien declarar y acordar lo siguiente:

»Que la ley aprobada por nosotros en 23 de mayo del año de Nuestro Señor de 1788, por la cual se ratificaba la Constitución de los Estados Unidos de América con las enmiendas introducidas, así como tambien todas las actas de la Asamblea general, sea considerada nula y sin ningun valor ni efecto, disolviéndose por lo tanto la Union existente hasta ahora entre la Carolina del Sur y otros Estados bajo el nombre de Estados Unidos de América.»

Hecha esta declaracion, nombráronse comisionados para que fuesen á tratar con los de-

más Estados del Sur, á fin de excitarlos á separarse de la Union, hecho lo cual deberían solicitar una entrevista del Presidente ó su gobierno para entenderse sobre la repartición de los bienes nacionales y el pago de la deuda pública. A fines de febrero de 1860 otros seis Estados del Sur habían resuelto separarse tambien, y al poco tiempo enarbolaban el estandarte de la rebelion organizando un gobierno propio con el nombre de Estados confederados de América. Mr. Jefferson Davis fué elegido Presidente, y sin perder tiempo hicieron preparativos para la lucha contra el Norte, habiéndose apoderado ántes de todos los arsenales, fuertes, edificios de las aduanas y de las administraciones de correos, buques y material de guerra existentes en el Sur.

Como ya hemos dicho, el partido del Sur era ántes muy influyente en el país, y algunos de sus representantes habían desempeñado altos cargos en la administracion anterior, durante la cual abusaron sin escrúpulo de su posición para favorecer la causa del Sur, segun se pudo reconocer claramente más tarde. El último Secretario de la Guerra, celoso partidario de la esclavitud, no sólo había mandado fabricar inmenso número de armas y municiones de toda especie en los arsenales del Norte, á expensas del gobierno de los Estados Unidos, ordenando que se condujeran luégo al Sur, donde los confederados podían apoderarse de ellas fácilmente, sino que había influido para que los buques de guerra se diseminaran en distintos mares, y hasta las cajas del Tesoro quedaron vacías.

Así pues, al encargarse Lincoln de la Presidencia, en marzo de 1861, debía encontrarse frente á frente con una inmensa dificultad; y la mision que le estaba encomendada era más espinosa aún por la repugnancia que sentían ciertas localidades del Norte á recurrir á la fuerza, á pesar de la amenazadora actitud del Sur, para reprimir la abierta rebelion contra el Gobierno de los Estados Unidos. A decir verdad, tanto era el temor á la guerra civil, que algunos se habrían resignado á consentir en la separación del Sur, si con esto se hubiese podido asegurar la paz.

Llegado el día en que Lincoln debía presentarse en el Capitolio para jurar y tomar posesion del cargo de Presidente, el general Scott distribuyó algunas fuerzas en diversos puntos de la ciudad, para no llamar tanto la atencion; pero varios conspiradores que se proponían

impedir el solemne acto, creyeron que dichas fuerzas eran mucho más considerables, y esto les retrajo de su intentona. Preguntado el general Scott por qué se desplegaba aquel aparato bélico, contestó que era sólo para conservar la paz y el órden; pero la verdad es que tenia conocimiento de la conspiracion que se había tramado, y que gracias á sus prudentes medidas se libró á la capital de un sangriento conflicto y al país de una desgracia.

El 4 de marzo de 1861, Abraham Lincoln salió de la Casa Blanca, la residencia presidencial, para dirigirse al Capitolio; por las calles laterales á las que debía seguir habíase apostado alguna caballería, dispuesta á obrar á la primera señal en el caso de intentarse alguna cosa; y además el general Scott tomó una posición conveniente á la cabeza de dos baterías de artillería montada. Este jefe juzgó indispensables tales precauciones porque dos meses ántes de la presidencia de Lincoln había recibido más de cincuenta cartas, aconsejándosele en unas que no se presentara públicamente aquel día y amenazándosele en otras con la muerte si se atrevía á proteger la ceremonia con fuerzas militares. A la una y media, Mr. Buchanan y Mr. Lincoln entraron cogidos del brazo en la Cámara del Senado: el primero estaba pálido y nervioso, suspiraba con fuerza, y por momentos parecía poseído de temor; mientras que el segundo se presentaba sereno y dueño de sí, aunque dominado por una profunda emoció. En la Cámara estaban, además del Supremo Tribunal, los diputados y senadores, los representantes extranjeros y muchos altos dignatarios y hombres notables, vestidos de rigurosa etiqueta.

Al presentarse el nuevo Presidente, todos pasaron al espacioso pórtico del Capitolio, donde se elevaba un estrado para la solemne ceremonia. Mr. Lincoln, conducido por el coronel Baker, senador del Oregon, fué presentado ante aquel inmenso concurso, que le saludaba con entusiastas aclamaciones. Despues reinó el más profundo silencio, y el Presidente, desarrollando un manuscrito, leyó con voz clara y penetrante su manifiesto inaugural, concebido en estos términos:

#### CIUDADANOS DE LOS ESTADOS UNIDOS

«Cumpliendo con una costumbre tan antigua como el Gobierno mismo, me presento á vosotros para dirigiros la palabra y prestar el juramento prescrito por la Constitución de los

Estados Unidos ántes de tomar posesion del cargo de Presidente.

»No creo necesario ahora discutir todos aquellos asuntos administrativos que no excitan un particular interés, y me limitaré por lo tanto á manifestar que entre el pueblo del Sur predomina al parecer el temor de que con la nueva administracion republicana peligrará la paz y la seguridad personal, sin que á mi modo de ver haya fundamento alguno para abrigar semejante inquietud. En mi concepto no hay motivos para pensar así, y esto podría probarse hasta la evidencia, pues sin ir más allá, en todos los discursos del que ahora tiene el honor de dirigiros la palabra, se podrá haber comprendido que no tengo intencion de intervenir directa ó indirectamente en el asunto de la esclavitud en los Estados donde existe, pues no creo que tenga derecho para hacerlo, ni me inclino tampoco á ello. Los que me eligieron no ignoraban que yo había hecho esta declaracion, y la prueba es que en el programa que me presentaron al ofrecerme sus votos, aparecía el siguiente acuerdo:

«El mantenimiento de los derechos de los Estados, y especialmente el de que cada uno de aquellos se rija por sus propias instituciones, es esencial para conservar el equilibrio de nuestro sistema político, y reprobamos la ilegítima invasion por la fuerza armada, de cualquier Estado ó territorio, como el más grave de los crímenes.»

»Yo apruebo en un todo esta declaracion, y al hacerlo así, puedo asegurar que la tranquilidad y el bienestar de todos no se verá de ningun modo en peligro con el nuevo Gobierno. Debo añadir, de paso, que todos los Estados serán protegidos con arreglo á los principios constitucionales y á las leyes, siempre que lo reclamaren por una justa causa.

»Al prestar el juramento que me impone mi cargo, es mi ánimo observar estrictamente la Constitución y las leyes, y mientras yo no recomiende otras nuevas al Congreso, creo que será mejor para todos conformarnos y regirnos por aquellas que no han sido anuladas.

»Setenta y dos años hace que tomó posesion el primer presidente bajo nuestra Constitución nacional; durante este período, quince presidentes distintos, todos ciudadanos tan distinguidos como ilustres, han representado al poder ejecutivo del gobierno á través de muchos peligros, pero siempre con feliz éxito, y á pesar de esto, y con tales precedentes, entro en el